

La mujer en la Iglesia, objeto de discriminación

CATHARINE BEATON

El 7 de octubre 1967 terminó en Roma, el Congreso de la Unión Mundial de las Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC) sobre el tema: la actual situación de la mujer en la vida cívica y social y en la Iglesia. Este estudio apareció en la revista americana "The Critic" con el título: "¿Hay discriminación en la Iglesia con respecto a la mujer por motivo de su sexo?" Su autora es una mujer experta en teología, Catherine Beaton. Se trata de una intervención muy polémica, pero fuertemente defendida con un rico bagaje de doctrina sobre un problema que, todavía hoy, permanece en la sombra del pensamiento cristiano. Más allá de su tono polémico y "provocatorio", el artículo presenta toda una problemática que exige consideración y profundización.

Por su vivísimo interés, SIC ha creído oportuna su incorporación a su sección de documentos, lo que no implica nuestro asentimiento a todas las tesis del artículo.

El Padre José A. Idígoras, S. J., profesor en Lima en la Universidad Católica Pontificia del Perú, defendiendo que las mujeres puedan ser ordenadas diáconos, sostiene que "no hay ningún argumento explícito a propósito en la Biblia o en la tradición para privar a la mujer de su función en el ministerio de la Iglesia".

En la revista francesa "Informations Catholiques Internationales" (agosto 1965) afirma el teólogo jesuita que el puesto de segundo plano concedido a la mujer en la Iglesia es el resultado de unas incrustaciones culturales en la fe, que se han ido formando sobre la base de alguna que otra cita de textos aislados de San Pablo y de las erradas nociones biológicas de los teólogos escolásticos de la Edad Media.

No resulta extraño que en nuestra actitud hacia la mujer tengamos la impresión de estar bloqueados en algún punto oscuro del pasado, cuando se piensa en la importancia que los teólogos han atribuido al pasado, incluso, increíblemente, a las afirmaciones de la filosofía pagana.

En una entrevista publicada en Jubilee (septiembre 1964) el Arzobispo Thomas D. Roberts, S. J., antiguo Arzobispo de Bombay, afirmaba: "El hecho es que nosotros seguimos atribuyendo a la mujer la posición que ella tenía antes de que Nuestro Señor viniese al mundo." "La dificultad está en que cuando los seminaristas estudian los escritos de los antiguos Padres de la Iglesia (sobre la mujer, el sexo, el matrimonio), sus profesores raramente les advierten que la actitud de los Padres no es aceptable en nuestro tiempo. Este sistema ha podido continuar en la Iglesia solamente porque los laicos (al menos hasta hace poco tiempo) no han insistido en exigir su revisión." El Arzobispo hace notar que los escritos de los antiguos Padres reflejan la actitud prevalente en su tiempo, cuando la mujer era considerada como poco más que un animal que se usaba para la procreación.

Si es cierto que el argumento ha sido discutido por los Obispos cristianos hace muchos siglos, no sería, sin embargo, tan exagerado afirmar que las orientaciones teológicas sobre la mujer nacen de una confusión en su mismo origen: si la mujer es o no es realmente persona humana. Es deprimente encontrar que una buena parte de nuestros contemporáneos hombres de Iglesia no encuentran obstáculo, a lo que parece, en aceptar las palabras del Ambrosiaster: "que también ella (la mujer) deba ser imagen de Dios... es absurdo". Y pretenden apoyarse en San Pablo: "El hombre no debe cubrirse la cabeza, ya que es imagen y gloria de Dios. Pero la mujer es gloria del hombre." (I Cor. II, 7)

Si un ser humano está hecho, por definición, a imagen y semejanza de Dios, y si la mujer no lo está, entonces ¿qué es la mujer?

Un "especie separada"

El concepto de mujer como de una especie distintamente separada —es decir, hembra— da base a otra tesis: ésta subraya con particular significación el hecho de que la Palabra Encarnada tomó carne como varón. Es un argumento popular que sólo los hombres pueden ser sacerdotes porque Cristo vino como hombre. Pero en esto vemos un aspecto particular de una situación subrayada a expen-

que convencerse de que el racismo está a la orden del día.

En este libro desfilan las aberraciones nazis sobre la supremacía de la raza aria. Sudfrica aparece como un eco de la Alemania nazi y recuerda el origen y la estrepitosa caída del Tercer Reich. El racismo está vivísimo en los Estados Unidos, sobre todo en la parte Sur. Y el autor, al escribir su libro, no había tenido ocasión de presenciar las orgías negras de Detroit, Network y de otras poblaciones norteamericanas. Inglaterra elimina a los de color procedentes de las Indias Occidentales. El problema afecta más o menos a todo el mundo. No solamente son excluidos los negros; lo son igualmente los amarillos, los malayos, los indios y los mongoloides.

La historia tiene sus orígenes de siglos. La dominación blanca de los no blancos en Africa y Asia —desde el crimen de la trata de esclavos hasta el crimen político y económico del colonialismo— es todo un tratado de explotación. Pero esa era de oprobio está terminando con la independencia política lograda. 33 Estados nuevos de Africa se han independizado después del año 1957 y entre las 115 naciones que figuran en la Organización de las Naciones Unidas, 35 son Estados africanos y 53 afroasiáticos. El pueblo de color se adueñó del poder después de generaciones de silencio y de pasividad. Prefirió los peligros de la libertad a las comodidades de la servidumbre y de la dominación.

La revolución de color aspira legítimamente a la perfecta igualdad y fraternidad. Aún hay muchas regiones en el globo en que los mitos de superioridad provocan histerias incontenibles.

El autor no quiere dejar mal sabor con sus descripciones patéticas sobre la filosofía del odio. En los capítulos subsiguientes trata de levantar el optimismo proponiendo la filosofía de la esperanza. Se siente optimista porque la tendencia integracionista se ha acelerado en su patria. Quiere presentar soluciones al problema racial.

La primera base de entendimiento mutuo racial tiene que ser, según el autor, derribar los mitos de siglos referentes a la inferioridad del pueblo de color; hay que purgar esos conceptos erróneos de superioridad e inferioridad.

La segunda base, no menos importante que la primera, es que el pueblo de color juzgará al hombre occidental por sus actos, no tanto por sus palabras.

Si no se acepta la unicidad del hombre, con todas sus diferencias accidentales, no cabrá otra alternativa que el caos, la destrucción y la aniquilación.

El autor ha anexado cuatro apéndices, entre los que se contienen el discurso de Patricio Lu-

mumba el día de la independencia del Congo, y el de Albert John Luthuli en la recepción del Premio Nobel de Paz (1961), dos joyas preciosísimas dignas de figurar en las antologías de sublime inspiración revolucionaria.

Creemos un acierto el que este libro haya sido traducido y publicado, pues hará mucho bien, ya que suscita un conocimiento profundo de las obligaciones que se derivan de la fraternidad universal de los hombres.

J. F. C.

PREMIO "EL CIERVO"

Apartado 12.121 - Barcelona 6
(España)

BASES

1. La revista *El Ciervo* convoca un premio periodístico para reportajes, crónicas, ensayos o artículos.
2. El premio está dotado con la cantidad de 20.000 pesetas.
3. Los trabajos habrán de ser inéditos. El tema será libre (religioso, político, económico, social, literario, artístico, etc.), pero en cualquier caso la función del texto será la de exponer con interés periodístico el cómo y el porqué de algún problema o cuestión actual.
4. La extensión aproximada será de 1.500 a 2.000 palabras (alrededor de cinco a siete holandesas, escritas a máquina, doble espacio y por una sola cara).
5. Podrá concederse además un accésit de 5.000 pesetas o, en caso de igualdad de méritos, distribuir el importe total en dos premios de 12.500 pesetas cada uno.
6. Los artículos premiados se publicarán en la revista y se entenderá implícita la cesión a la misma de los derechos de autor para su publicación y reproducción.
7. La revista *El Ciervo* se reserva el derecho de publicar los artículos no premiados que juzgue interesantes, en cuyo caso el autor percibirá la cantidad de 1.000 pesetas en pago de esta colaboración.
8. Los demás trabajos quedarán a disposición del autor, que podrá recogerlos en el plazo de un mes.
9. Los originales, firmados, deberán enviarse por duplicado a la Redacción de la revista *El Ciervo*, Calvet, 56, Barcelona (6), con la mención "Para el Premio *El Ciervo*". Deberá constar al pie del escrito el nombre, apellidos y dirección del autor.
10. El plazo de admisión terminará el 31 de marzo de 1968.
11. El fallo se dará a conocer en el número de mayo de la revista, así como la composición del jurado.
12. El premio no podrá declararse desierto.

sas de un hecho esencial: que Cristo se hizo uno con toda la raza humana. O Cristo asumió en la unión hipostática la plenitud de la naturaleza humana (que deberá ser la misma naturaleza del ser femenino), o no la asumió. Si la naturaleza humana de Cristo excluyó la naturaleza esencial de la persona femenina, o las mujeres no son seres humanos, o Cristo no asumió una naturaleza plenamente humana. Seguramente, si la falta de una naturaleza divina (en el sentido de la plenitud de la divinidad) no impide a un sacerdote representar a la segunda Persona de la Trinidad, tampoco la falta de masculinidad debería causar un difícil problema —a menos que la masculinidad sea considerada como más significativa de la plenitud de la divinidad—.

Hoy todo sacerdote católico, satisfecho de su ordenación, podría rezar como los judíos ortodoxos: "Te doy gracias, Señor, porque no me has hecho nacer mujer."

A este respecto parece que debe considerarse la duda de si la Iglesia toma en serio el Bautismo de las mujeres, ya que no admite que, con el Bautismo, sean admitidas plenamente en la Iglesia. Pues, según el canon 87, por el Bautismo nos hacemos capaces de recibir los otros sacramentos; pero, en contradicción con esto, hay un sacramento reservado "sólo para hombres". Las mujeres no solamente no pueden ser sacerdotes, pero hoy día ni siquiera tienen derecho a las funciones de diáconos, aunque gozaron de este privilegio en tiempos apostólicos y recibieron cuanto era necesario para el sacramento, incluso la imposición de las manos del Obispo y la invocación del Espíritu Santo, sin distinguir si eran recibidas por un hombre o una mujer. Las mujeres, pues, recibieron el sacramento de las Ordenes Sagradas, ya que hay un solo sacramento que consta de tres órdenes. Esta práctica continuó hasta el décimo siglo.

Pero ahora ni siquiera la más santa y la más culta de las mujeres puede recibir el privilegio del servicio oficial del altar, aunque se les conceda a los varones de 7 años. Con el *Motu Proprio* de Pío X, que todavía está en vigor, a las mujeres se les prohíbe oficialmente hasta el canto de la liturgia, especialmente en los coros de las catedrales: "Por el mismo principio se sigue que los cantores en la Iglesia tienen un efectivo oficio litúrgico y que, por consiguiente, las mujeres, por cuanto incapaces de ejercitar tal oficio, no pueden formar parte del coro. Por eso, siempre que se quieran emplear las voces agudas de soprano o contralto, éstas deben ser interpretadas por muchachos, según el uso antiguo de la Iglesia."

Cuando recientemente se concedió a los laicos el privilegio de servir como lectores durante la Misa, algunas mujeres desempeñaron con alegría esta función, hasta que una directiva del Santo Oficio prohibió hasta esto. Parece, por lo visto, que es mejor no oír la palabra de Dios que oírla de una mujer.

Estas discriminaciones contra la mujer conllevan implicaciones que van mucho más lejos que las estrechas aplicaciones de las fórmulas teológicas a la teoría de la justicia. Dado el número insuficiente de sacerdotes en nuestro tiempo, tienen el efecto de privar de una fuente de gracia al Cuerpo Místico, no solamente a su mitad femenina, sino también a aquellos miembros suyos que, de otra forma, podrían ser atendidos por mujeres. Por ejemplo, las religiosas en tierras de misión y sus convertidos tienen que quedar sin Misa y sin sacramentos hasta que un sacerdote, sobrecargado de trabajo, les visite en uno de sus viajes.

Consideremos el caso de la Madre Teresa y de las setenta religiosas Misioneras de la Caridad fundadas por ella. En la India recogen todo el día a los moribundos por las calles y los llevan a su centro asistencial, donde les atienden, al menos, para que tengan una muerte digna. El fin de estas religiosas no es el de cuidarlos para devolverles la salud. Ellas se interesan por los que están muriendo. Sus vidas están consagradas enteramente al cuidado de los moribundos. Y, sin embargo, no pueden administrar el sacramento de la Extrema Unción, no pueden administrar el viático a los católicos, no pueden darles el alivio de una última confesión, porque estas personas consagradas son mujeres.

Pobreza de argumentos

Las mujeres están excluidas del sacerdocio solamente por el hecho de que son inferiores, sujetas al hombre e indignas de la dignidad del sacerdocio. ¡No hay otros argumentos! Para que no se vaya a pensar que ésta es una excepcional exageración de la posición de la teología contemporánea, convenzámonos de que ésta es actualmente la enseñanza común hoy reconocida en los seminarios. Por ejemplo, en un trabajo sobre el sacramento de las Ordenes Sacras publicado en 1962, el P. Manuel Doronzo, O.M.I., de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de América, dice entre otras cosas: "... la razón... para negar a la mujer el derecho de enseñar es una razón absoluta y universal, basada en la natural condición de inferioridad y sujeción que es el atributo de la mujer...".

DOVILLA, SUS TRAJES POR MUCHAS RAZONES. - TORRE SUR, 10 - EL SILENCIO - TELF. 41.47.91

"BELLA DE DIA"

"Belle de jour" no es, quizás, absolutamente una obra maestra. No importa. Es un filme de madurez definitiva donde se advierte el espléndido ocaso de un director genial. Luis Buñuel, aragones empedernido a través de su pasaporte mejicano, nos ha dado en cuarenta años de cineasta una serie de películas que le aseguran un puesto privilegiado en la historia del cine. Recordemos: *L'Age d'Or* (1930), *Los olvidados* (1950), *El* (1953), *Nazarín* (1959), *Viridiana* (1961) y *Simún del desierto* (1965). A través de éstas y otras obras, hasta veinticinco, ha logrado un dominio soberano del menester cinematográfico y, lo que era más difícil aún, un sistema de imágenes para expresar su bullicioso mundo interior. Porque el alma de Buñuel es violenta y sencilla, atormentada e ingenua, primaria y conflictual. Sus expresiones tenían necesariamente que ser sarcasmo y ternura, ironía, sonrisa y carcajada. Sin embargo, en sus mejores momentos, dentro de una belleza auténtica, con una gran fidelidad a sí mismo y en soberana independencia ideológica. *Belle de Jour* constituye uno de esos instantes, tal vez los últimos, porque Buñuel ha anunciado que, al menos por ahora, no piensa hacer más cine. Está cansado del trabajo y quiere disfrutar del ocio. Su meticulosidad en el estudio de los guiones y sus genialidades de improvisador le llevan frecuentemente a grandes tensiones durante el rodaje a pesar de que el dominio de la técnica de dirección le han hecho reducir a un mínimo las horas de trabajo.

Belle de Jour se ha filmado en ocho semanas escasas y se ha ultimado en doce horas de montaje personal. El anuncio de su retirada daba un interés dramático a la proyección, tanto a la sesión dedicada a la Prensa como a la de gala en el espléndido Palazzo del Cinema, donde Buñuel, con indiferencia absoluta, se había presentado acompañado de la protagonista, Catherine Deneuve. Al final de la cinta la ovación fue atronadora, cordial, sin reservas. La única de su género en la Mostra veneciana, que volvió a repetirse en la sesión de clausura al concedérsele el "León de Oro". Buñuel, con un zarpazo más de su genio, ha arrebatado la opinión de crítica y público, despejando del campo toda posible competencia de valores más jóvenes y más afines a la línea ideológica del festival.

En *Belle de Jour* recoge Buñuel preocupaciones ya tratadas en otros filmes: polaridad, realismo y ensueño, duplicidad de vida, trauma religioso, erotismo y amor.

Esta inferioridad es, según el P. Doronzo, tanto física como moral. Escribe: "Porque, en primer lugar, la mujer tiene un cuerpo menos robusto y por eso es menos apropiada para las fatigas de la vida social y eclesiástica." (!) "Además, tiene menos vigor espiritual, sobre todo por cuánto se refiere a la inteligencia práctica... ya que tal vigor deriva de la energía de la voluntad y de la objetividad de la razón no oscurecida por el juego de las pasiones. Tal debilidad moral se manifiesta en la ligereza de juicio, en la credulidad... y finalmente en la fragilidad de espíritu por la cual ella es menos capaz de dominio sobre las pasiones, particularmente la concupiscencia."

Más adelante el P. Doronzo elabora este interesante punto y así ilustra la afirmación de que la mujer, en realidad, está todavía considerada con el desprecio de una era menos iluminada. Porque el Padre Doronzo, en apoyo de sus argumentos, se limita a aducir como "pruebas" citas del pasado: "La mujer no tiene la fuerza intelectual suficiente para resistir a los apetitos" (el Aquinate); "la pasión propia de la mujer es la sensualidad" (Crisóstomo); y de nuevo Santo Tomás: "En palabras propias no se puede decir que la mujer tiene continencia, y esto por la facilidad de inclinación a los apetitos, lo mismo que los animales brutos no pueden tener la continencia, ya que no existe en ellos la facultad capaz de oponerse a los apetitos" (De Ordine, M. Doronzo).

La noción de la sujeción y de la inferioridad de la mujer se deriva principalmente de dos fuentes: San Pablo y Santo Tomás de Aquino. Generalmente, se consiente en reconocer que en muchos aspectos San Pablo habló como un hombre de su tiempo e influenciado por su ambiente cultural (a menudo sus textos han sido usados en apoyo de la esclavitud) y, sin embargo, él mismo reconoció a la mujer un campo de acción religioso más vasto de lo que hoy se le reconoce. Las viudas y las diaconisas desempeñaron oficios eclesiásticos en los primeros siglos; algunas mujeres eran respetadas como profetisas y San Pablo se confió en Perpetua para decidir un lugar discutido de una afirmación dogmática.

Mientras algunas mujeres se quejan con amargura de la influencia de San Pablo sobre su destino, es opinión de quien escribe que él fue uno de nuestros más grandes defensores. Desafortunadamente, sus sucesores espirituales parece que escogen como base de los desarrollos teológicos sobre la mujer las afirmaciones de carácter sociológico del santo, que vivió en una cultura oriental de hace 2.000 años (en una sociología que la cristiandad ha transformado grandemente); mientras parece que dan poco peso a otra afirmación teológica clara y nada ambigua: "En Cristo no hay varón ni hembra...".

La interpretación del Génesis

Un argumento que se cita a menudo de San Pablo a favor de la condición de inferioridad de la mujer se basa en el texto: "Porque no es el hombre por razón de la mujer, sino la mujer por razón del hombre. Porque no fue el hombre creado por razón de la mujer, sino la mujer por razón del hombre." (I Cor. II, 8-9). Este argumento estaba basado en la siguiente interpretación del Génesis: 1) Adán fue creado antes que Eva; 2) Eva fue creada de su sustancia física y a su imagen (física y metafísicamente); 3) Eva fue dada a Adán como "ayuda". Examinemos estas interpretaciones:

1) **Prioridad en el tiempo.** Hoy tenemos la certeza de que los primates inferiores fueron creados antes que el hombre: por esto, ¿el hombre debería estar sujeto a los primates? Si siguiésemos este razonamiento, deberíamos admitir que el orden de la creación va de abajo arriba. Por eso, la mujer, punto final de la creación, después del hombre, debería ser más noble. Alguno dirá que el argumento no se puede aplicar porque Adán y Eva eran de la misma especie. Pues bien, sí!

2) Eva fue creada del ser físico de Adán e informada del mismo tipo de forma substancial (es decir, alma racional). Por esto la mujer no fue hecha a imagen y semejanza de Dios, sino más bien a imagen y semejanza del hombre!

¿No es verdad que toda generación se hace de la misma sustancia física y a semejanza espiritual de la generación precedente? Pero, entonces, ¿esto significa que la raza humana está en continuo regreso porque los miembros de cada generación subsiguiente son siempre un poco menos semejantes a Dios? Nosotros somos hechos a imagen y semejanza de nuestros progenitores, los cuales fueron hechos a imagen y semejanza de sus progenitores, los cuales fueron, etc., etc. Naturalmente, en este caso deberemos concluir que las mujeres de toda determinada generación son hechas más a imagen de Dios que ya los varones o ya las hembras de la generación que sigue!

Muchos exegetas interpretan ahora la narración bíblica de Eva formada de la carne de Adán como un esfuerzo del autor inspirado para oponerse a

Fascinado por un tema que había recogido en la novela "negra" del académico francés Joseph Kessel, supo prescindir de los aspectos más sórdidos para construir un guión lineal y perfecto: Séverine, mujer joven (Catherine Deneuve), que nada en la abundancia y el derroche y es aparentemente feliz en su matrimonio con Pierre (Jean Sorel), padece un profundo trauma sodomosoquista, desencadenado ya desde la infancia. Incapaz de encontrar en su vida burguesa ningún ideal, se fuga mentalmente al mundo "tabú" y fascinante de la prostitución diurna hasta el final de jornada de su marido. Así se convierte en una anónima "Belle de Jour" de doble vida. El enamoramiento fulgurante de un cliente contrahecho desemboca en la crisis. El marido es víctima de un atentado y queda paralítico. Belle de Jour se transforma entonces en una mujer maternal que la vuelve (¿momentáneamente?) a la realidad. La secuencia final nos presenta de nuevo a los esposos en trance de felicidad, mientras suenan casacañales de ilusión y ensueño que aluden al comienzo de la aventura.

Sobre esta línea argumental, Buñuel ha hecho un poema con imágenes de rara hermosura y se ha reconciliado con el color gracias a la espléndida fotografía de Sacha Vierny. La objetivación de la sordidez se logra por una perfecta cohesión entre ensueño y realidad y por una elemental ternura que anida bajo las situaciones más atrevidas del burdel. De vez en cuando, como un latigazo, surca la imagen una mueca sardónica que denuncia la vena tradicional del gran aragonés. Buñuel ha realizado, hermosamente una crítica feroz de la burguesía y de su esterilidad espiritual, analizando la historia clínica de un caso ejemplar de total alienación del prototipo femenino, de desintegración interior y de crisis esquizofrénica en una mujer aparentemente normal, como tantas otras cuya felicidad es tan sólo de escaparate y exhibición. Precisamente por esto, llega Buñuel al fondo de las cosas saltando la frontera del caso patológico. Su penetración intuitiva en el misterio del hombre y su exposición concentrada del mismo le constituye en un poeta, poeta de la imagen y artista del cine. La agilidad de la cámara, que ya se había mostrado soberana en *Journal d'une femme de chambre* (1964) y en *Simón del desierto* (1965), consigue aquí la difícil facilidad de llevar al espectador aparentemente sin coacción desde el atormentado mundo interior de Séverine hasta su realidad exterior y viceversa. Por otra parte, no le sumerge en pura pasividad, sino que deja alerta su mente y su sentimiento.

Esto es buen cine. Ciertamente Belle de Jour no está en el ca-

la visión antifeminista de entonces, subrayando que los sexos en realidad están constituidos por la misma substancia y que, por consiguiente, son absolutamente iguales. A esta interpretación da peso ulterior el hecho de que la primera mención del género humano en la Biblia afirma: "Dios creó al hombre a su imagen. A imagen de Dios lo creó. Varón y hembra los creó." (Gen. 7, 27)

3) La mujer fue hecha por razón del hombre y para su ayuda. Y esto no es recíproco "porque el hombre no fue hecho para la mujer". Ahora bien, si nosotros consideramos que el niño es concebido y alimentado en la primera parte de su vida dentro de la madre y que por esto el semen masculino debe ser colocado dentro de ella, parece razonable concluir que, específicamente, los órganos masculinos han sido precisamente hechos así en función de la posición del útero, más bien que lo contrario, a saber que el útero es interno en la mujer simplemente para justificar la existencia y la función de los órganos masculinos (conclusión implícita en el argumento "tradicional"). En otras palabras, al menos por cuanto concierne a su estructura fisiológica, un argumento más convincente podría ser (si queremos usar esta terminología) que el varón fue hecho "por razón" de la mujer, y no viceversa.

En cuanto a la mujer como ayuda del hombre, esto implica: a) que el hombre es la norma, y b) que la actividad importante es la actividad del hombre y que la función de la mujer es la de estar al servicio de sus esfuerzos.

Respecto a a), si debiese existir solamente un sexo, las características específicamente femeninas deberían ser las esenciales.

Respecto de b), como las mujeres han demostrado ser capaces de hacer cualquier cosa que hacen los hombres si se les da la oportunidad, parecería que la definitiva diferencia entre los sexos se reduce a: qué pueden hacer las mujeres que los hombres no puedan hacerlo, es decir, gestar y alimentar la continuación de la especie. Y en este trabajo es el hombre el que ayuda a la mujer.

La mujer no engendra a los hijos con el fin de justificar la capacidad de su marido para mantenerlos: más bien él ejercita esa capacidad porque ella ejercita la otra y lleva en sí la nueva vida que es necesario mantener. En otras palabras, los esfuerzos de él están al servicio de los esfuerzos de ella. ¿Quién es, entonces, ayuda de quién?

(Quiero aclarar que no tengo ninguna intención de sustituir el antifeminismo con el antimasculinismo. No creo que valga la pena usar estos argumentos contra los hombres, lo mismo que los opuestos contra las mujeres. Pero es necesario que lleguemos a comprender, si queremos usar estos métodos de argumentación, que pueden ser rebatidos en ambas direcciones.)

Límites del pensamiento tomista

La concepción del Aquinate de la dignidad secundaria de la mujer está basada principalmente en una teoría errada del proceso de la generación. La ciencia de su tiempo creía que solamente el varón era factor activo en la procreación y que la mujer era solamente la incubadora móvil; creía además que la masculinidad era la norma y que cuando una mujer era concebida se debía a algún defecto. La mujer era por definición un producto defectuoso, un hombre que no quedó bien terminado, un *homo occasionatus*.

En la *Summa Theologica*, Prima Pars, el Aquinate razona así: "... una hembra tiene algo de deficiente y casual. Porque la virtud activa que existe en el semen masculino tiende a producir una imagen de sí mismo según el sexo masculino: por consiguiente, cuando se engendra una hembra se debe a un debilitamiento de la virtud activa, o a alguna deficiencia de la materia, o a algún cambio que interviene de fuera, por ejemplo, a un viento del sur, que es húmedo, como se dice en el libro De la Generación de los Animales."

No obstante esto, para ser lógicos, ¿cómo no ha considerado la creación de Eva como un error de Dios? Y teniendo en cuenta que aun en la Edad Media eran conscientes de que los varones no podían gestar los niños, ¿cómo se les podía escapar que el sexo femenino era absolutamente esencial y no un error casual? Esta contradicción fue resuelta con desenvoltura, ya que el Aquinate sigue diciendo: "Pero en relación a la naturaleza del mundo, una mujer no es algo que ocurre casualmente, sino que está ordenada según la finalidad de la naturaleza a la actividad de la procreación." (El único trabajo, entre paréntesis, para el cual, y según el Aquinate, un hombre no habría hecho bien en buscar otro hombre como colaborador.)

Así, por una parte, la mujer existe por casualidad, pero, por otra parte, no existe por casualidad. Hasta hoy se vería en apuros quien quisiera encontrar cualquier trabajo "católico" sobre la mujer que no esté viciado por algún preconcepto "absoluto" contradictorio sobre la naturaleza y la función de la mujer.

Razonando sobre la inferioridad moral de la mujer, el Aquinate afirma que

la mujer está sujeta a la concupiscencia y es menos capaz que el hombre para resistir la tentación sexual. Sin embargo, al desarrollar el tema de "si la gracia de la palabra de la ciencia y sabiduría ha sido dada a la mujer", no duda en sostener que a las mujeres no se les debe permitir la predicación pública "para que en los hombres no se despierte la pasión carnal" (el subrayado es mío) (Summa Theologica, Q. 117, Art. 2). Esto es típico de una actitud que las mujeres encuentran exasperante; puesto que los hombres se sienten atraídos hacia las mujeres, por eso son las mujeres las "moralmente frágiles" y "malas". Como las mujeres probablemente no cantarían cantos de seducción en la Iglesia, toda "pasión de concupiscencia" existiría en el oído de quien escucha. No es de extrañar que resulte cada vez más común liquidar argumentos semejantes como "cavilaciones teológicas de doble sentido".

Aunque la ciencia moderna haya probado definitivamente que son erróneas las bases de los argumentos del Aquinate sobre la mujer, sería sin embargo una piadosa ilusión objetar que en la Iglesia ya no se adoptan tales concepciones. Los responsables del Código del Derecho Canónico mantienen todavía su legislación basada sobre estos errores; de hecho el canon 1336 prescribe fidelidad a los principios del Aquinate; y continuamente se cita a San Pablo para mantener a la mujer sujeta como es conveniente.

Referencias positivas del Evangelio

En la práctica encontramos que no solamente las palabras originales de S. Pablo sobre el silencio de las mujeres en la Iglesia son usadas para impedir a las mujeres el acceso al sacerdocio, sino también ciertas divagaciones de S. Pablo de carácter estrictamente emotivo. El P. Doronzo refuerza sus argumentos para la inferioridad femenina con citas como esta del Crisóstomo: "Y ¿por qué él (San Pablo) las reduce a esta sujeción? Por esta razón, porque la mujer es espiritualmente débil, mudable y superficial."

(Si la mujer es "espiritualmente débil, mudable y de juicio superficial", parece extraño que Cristo, engendrado por una mujer, haya sido traicionado por un hombre. Fue conocido por primera vez [cuando aún estaba en el seno] por Isabel, pero dudó de Él Tomás y le reñegó Pedro. Los Apóstoles "no pudieron velar una hora" con Él durante su agonía en el huerto, mientras que las mujeres [y San Juan] a los pies de la Cruz estuvieron hasta el amargo fin. Aun entre los no creyentes fue la mujer de Pilato la que intercedió por "este hombre justo", pero Pilato, a pesar de su convicción de la inocencia de Cristo, cedió a la presión política.)

La concepción del Crisóstomo sobre la mujer es comprensible en un arzobispo oriental del siglo IV. Es mucho más difícil comprender cómo tales concepciones puedan ser recibidas por teólogos del siglo XX para justificar su insistencia en la inferioridad de la mujer. Otra cita del santo, traída por el P. Doronzo, es esta: "Basta que una mujer enseñe una vez para que todo vaya a la ruina." El P. Doronzo debería saber que fue una mujer, Santa Catalina de Siena, la que en el siglo XIV rescató a la Iglesia de una situación de ruina al persuadir a los papas de Aviñón para que regresaran a Roma. En su diario Santa Catalina recuerda que cuando ella se quejaba al Señor de que su sexo sería un obstáculo para conseguir su misión, el Señor le replicó: "Yo enviaré mi espíritu sobre quien yo quiera. No hay hombre, ni plebeyo, ni noble. Todos son iguales delante de mí."

El P. Doronzo debería también conocer otro ejemplo, el de Santa Catalina de Alejandría, en el siglo IV, de 18 años, instruida en filosofía y religión. Ella recibió el orden del emperador de encontrarse con un grupo de filósofos seleccionados con el fin de persuadirla a renegar de Cristo y adorar a los ídolos. Sin embargo, fue ella la que los convenció y los convirtió a la fe de Cristo.

Todavía, a este mismo propósito, sabemos que San Pablo no tenía dificultad en aceptar que las mujeres fuesen profetisas. Un ejemplo elocuente de cómo pasajes aislados de la Escritura que pudiesen ser desfavorables a las mujeres fueron subrayados, mientras otros en su favor fueron ignorados del todo, es este de la Iª a los Corintios, donde se lee: "El hombre que reza o profetiza con su cabeza cubierta deshonor su cabeza, pero la mujer que reza o profetiza con la cabeza descubierta deshonor su cabeza."

Aquí es importante comprender que el elemento esencial de la profecía no es la simple predicción, sino, más esencialmente, la revelación de los misterios de Dios, parte de la vida pública de la Iglesia. San Pablo da claramente por descontado que las mujeres recen y profeticen en la Iglesia como lo hacen los hombres. Mientras los teólogos han descuidado este hecho mucho más importante, han resaltado notablemente la idea de que la mujer en la Iglesia debe llevar el velo! Si Pablo aceptaba el hecho de que Dios Omnipotente inspiraba a las mujeres tanto como a los hombres para revelar sus misterios, ¿habría deli-

mino de ciertas direcciones del cine contemporáneo que parecen más ensayo que logro y que pueden fascinar a determinadas minorías. Sin embargo, Buñuel quizá recoge de ellos lo más positivo y no rompe su línea tradicional de serenidad exterior en la imagen. Ahí radica en parte su madurez. Por eso, ahora en Venecia, combatiendo a cuerpo limpio con valores más jóvenes, los ha descalificado precisamente a base de madurez. El filme es en su escabrosidad extraordinariamente aleccionador para el espectador maduro y ni en los momentos de más violencia formal cede a la morbosidad o la pornografía. A esto ayuda una interpretación espléndidamente funcional de la protagonista, bien orquestada por un conjunto de segundas figuras. El problema religioso, que parece seguir inquietando al gran director, aflora en varias ráfagas, alguna de mal gusto, pero distante, que recuerdan otras producciones de Buñuel, este viejo maestro que ha dado al cine lo mejor de su arte.

Manuel Alcalá
(Reseña, octubre 1967)

"EL SIERVO DE DIOS"

Es difícil llevar a la pantalla la biografía de cualquier hombre, mucho más si el hombre tiene la acusada personalidad de un santo. Se corre un doble riesgo: o bien se encadenan anécdotas sin acabar de dar una versión cinematográfica auténtica del alma del biografiado, o bien se da del mismo una versión tan subjetiva, tan re-creada, que no corresponde a la realidad de los hechos.

"El siervo de Dios" sale discretamente airosa de estos dos riesgos, aunque, desde luego, está mucho más cerca de caer en el primero que en el segundo. Admiramos en la pantalla a un santo, pero no acabamos de ver allí el entramado interior, las motivaciones ni el proceso ascendente de su santidad. Se trata, pues, de una película preferentemente documental.

Buena la interpretación de Américo Montero, discreta la de los demás. Buena la ambientación y la fotografía (particularmente buena en los "exteriores"). Nada más que regular la dirección. La película está llevada con una cierta agilidad, pero a ratos resulta lenta y algo pesada. Buena la parte musical de la banda sonora, menos buena la parte hablada y otros efectos sonoros.

En conjunto, la película resulta digna e interesante. Hay que agradecer a la cinematografía venezolana su esfuerzo por presentarnos la figura de este médico insigne y ejemplar, gran venezolano y, sobre todo, gran cristiano que se llamó José Gregorio Hernández.

J. I. R.

"VIVIR POR VIVIR"

Roberto Collombs es un periodista brillante y valiente en la televisión. Realiza programas audaces que chocan muchas veces con la censura. Desgraciadamente, no tiene la misma honestidad y la misma audacia en su vida privada con su esposa, Catherine. Roberto tiene muchas queridas. Su esposa lo sabe y prefiere hacer creer que no sabe nada, por temor de perder a su marido. Pero Roberto no es feliz porque el sentimiento de culpabilidad emponzoña todos sus momentos de placer.

Ha encontrado a una joven norteamericana, Candice, a quien ha logrado llevársela consigo a Kenya, donde debe preparar un programa de TV sobre los safaris. De hecho, este programa no es nada más que un pretexto para otro programa, más importante para Roberto, referente a un campo de mercenarios en el Congo. Al volver a París, Catherine le propone ir a pasar una segunda luna de miel a Amsterdam, ciudad donde se habían conocido por primera vez. Roberto acepta, pero al cabo de unos días no tiene sino un solo deseo: volverse a reunir con Candice. Nuevas mentiras y se encuentra en brazos de su querida, que ha venido a reunirse con él a Amsterdam. Catherine, la infeliz, supone a su marido en París. A la vuelta de éste, Roberto se corta todo y no le queda otro remedio que confesarle todo a su esposa, la cual lo abandona inmediatamente.

Roberto, después de vivir algún tiempo con Candice, rompe con ella. Sale para el Vietnam a realizar un peligroso reportaje y cae prisionero. Candice en Nueva York se inquieta por la suerte de su ex-amante, mientras que en París Catherine no puede menos de devorar los periódicos para tener noticias de su ex-marido. Roberto, por fin, vuelve a París. Se siente solo, desequilibrado. Vuelve a unirse con su esposa en los Alpes de Huez. Da la sensación de que ella no quiere hacerle más caso. Pasan la noche en una botte de moda con otros amigos.

A la mañana, sin embargo, Roberto, al quitar la nieve del parabrisas del carro, descubre la cara de Catherine, dispuesta a reanudar la vida común con él.

Claude Lelouch, como en su filme precedente, *Un hombre y una mujer*, ha querido hacer una obra moderna y al día. Moderna porque se mezclan en el filme la vida privada y la vida profesional de sus personajes y precisamente esta mezcla es la que crea los conflictos que Lelouch quiere hacer pasar a la pantalla. Le han ayudado buenos intérpretes en su propósito: Annie Girardot, sobre todo en el papel de mujer joven de hoy, que rechaza el dejarse envolver por su sentimentalismo y su tristeza, e Yves Montand, que llega a dar a su papel toda-

beradamente obstaculizado la voluntad de Dios impidiendo que ellas tuviesen derecho a enseñar? Su advertencia a las mujeres de Corinto de guardar silencio en la iglesia debería ser revalorizada a la luz de esto.

De todos modos, en la historia del Cristianismo hay un ejemplo mucho más significativo de la enseñanza (predicación) de una mujer. Si es cierto que Cristo se conformó a las costumbres culturales de su sociedad y no incluyó oficialmente a las mujeres en el ministerio público, al menos en una importante circunstancia fue una mujer, María Magdalena, la que recibió el encargo de predicar por primera vez la verdad más vital del Cristianismo, la Resurrección. Cristo le encargó (aunque sin duda hubiese podido encontrar un hombre para aquella misión) anunciar que Él había resucitado y que "Yo subo a mi Padre". Los Apóstoles no le creyeron. Tal vez podamos referir este hecho para ilustrar que el error no está siempre en lo que las mujeres dicen, sino más bien en la actitud con la cual los hombres las escuchan.

¿Podría haber sido ésta la intención de San Pablo? ¿Y pretendía esto el teólogo Hans Kung cuando dijo: "Podrá haber argumentos psicológicos y sociológicos contra la ordenación de las mujeres, pero será muy difícil encontrar argumentos dogmáticos en contra"?

Repetidas contradicciones

Tal vez los argumentos dogmáticos serios han cedido el puesto a una fácil aceptación de la doble medida heredada de nuestros antepasados espirituales judíos y mantenida por las condiciones sociales. La noción judía de mujer como "impura", reforzada por el maniqueísmo, concurrió a clasificar a la mujer como definitivamente impura. En la Edad Media, cuando los fieles recibían el pan consagrado en sus manos, las manos de las mujeres eran tan "impuras" que debían ser recubiertas con un paño. Las mujeres casadas eran demasiado "impuras" para recibir la Comunión frecuentemente. Hoy pensamos haber superado la idea de que la maternidad contamina, pero ¿cuántos pensarían vagamente "inconveniente" ver a una madre embarazada en las funciones de dama de honor en la celebración de un matrimonio cristiano? Por más que honremos la maternidad, nos encontramos, sin embargo, en una situación en cierto modo engorrosa.

Según la ley judía, un hombre podía pedir el divorcio si descubría que la mujer era estéril (más aún, debía pedirlo) y en otras circunstancias. No había ningún derecho por el estilo para la mujer. Esto ocurre todavía entre los judíos observantes. Hasta no hace todavía diez años, existía una situación semejante en la España católica, donde al marido se le daba el derecho de separarse legalmente de la mujer y llevarse a los hijos, aunque ningún derecho similar se concediese a la mujer, sea cual fuere la conducta del marido.

En el Deuteronomio 22 encontramos que si una mujer judía era encontrada culpable de haber tenido relaciones sexuales antes del matrimonio, podía ser condenada a muerte por lapidación, mientras que un hombre culpable de fornicación debía simplemente casarse con la muchacha y compensar por ello al padre. En 1963, en Italia, la Corte Constitucional declaró todavía en vigor una ley que impone para el adulterio un castigo más severo para las mujeres que para los hombres.

Y cuando Napoleón, deseoso de complacer a los hombres que eran necesarios para el cumplimiento de sus objetivos militares, publicó el Código Napoleónico (todavía en uso en Francia y en la provincia de Quebec en Canadá), según el cual las mujeres han tenido hasta no hace mucho los mismos derechos legales que los niños, los criminales y los incapaces, en realidad se limitaba a transcribir en términos legales lo que era ley no escrita, normalmente aceptada como "natural".

Hasta hace poco, los pensadores católicos no sólo estaban dispuestos a aceptar una doble medida de juicio basada en los antiguos argumentos, sino también deseaban tal vez usar estos argumentos como base de su inconsciente antifeminismo. Si esto nos parece duro, sin embargo es necesario admitir que nos hemos seguido aferrando a estos argumentos aun cuando se sabía que eran infundados. Determinados clichés sobre la mujer han sido usados para sostener una opinión, y otros clichés, contrarios a éstos, para sostener otras opiniones, según le conviniera al autor demostrar una cosa u otra, siempre contra la mujer.

Por ejemplo, el P. Doronzo nos dice que una razón por la que las mujeres no deberían recibir la Orden es porque "la mujer tiene un cuerpo menos robusto y por lo mismo es menos adaptada para las graves fatigas de la vida social y eclesial". Por otra parte, leemos que "dado que el hombre ha sido creado para una finalidad más alta, se cansa antes que la mujer", afirmación sostenida con igual seguridad en *Pastoral Psychology in Practice* (Psicología pastoral en la práctica), del P. Willibad Demal, O.S.B.

En este libro el P. Demal nos dice también que "el sentido del hombre por lo grande, lo distante y lo sublime corresponde a su generosidad y desprecio por lo pequeño y mezquino. La pedantería y la pequeñez en un hombre traicionan rasgos del carácter femenino... la ligereza, la envidia, los resentimientos y los celos son principalmente defectos femeninos... el hombre está caracterizado por el dominio del temor y por la valentía... la mujer carece de generosidad y magnanimidad". De todos modos, en otro capítulo, cuando quiere poner en relieve los deberes de esposa y madre de la mujer, le atribuye gran capacidad de generosidad y sacrificio: "Otra característica de la mujer es la solidez de sus relaciones personales. De aquí deriva su gran potencial de amor y su capacidad de donación y dedicación incondicional (el subrayado es mío).

Es interesante observar que, mientras algunos autores sostienen que la sujeción de la mujer está en el orden de la naturaleza, por cuanto Adán fue creado antes, otros sostienen la misma teoría recurriendo a la maldición bíblica del jardín del Edén, donde tal sujeción es dada como castigo del pecado. Cómo una condición que era natural en un estado ideal pueda ser impuesta como castigo, no se explica. Además, cuando se afirma que el hombre es la cabeza de la raza, se acepta comúnmente que la humanidad ha sido castigada a causa del pecado de Adam solamente y que el pecado de Eva recae solamente sobre sí misma, que era la mujer del hombre. Sin embargo, se pretende que el castigo de Eva (es decir, la sujeción) no se refiere solamente a Eva, sino a todas las mujeres.

En libros, revistas, lecciones sobre el matrimonio, sermones, días de retiro y aun en la educación religiosa de nuestros hijos se emplean normalmente dos modos de pensar para valorizar los dos sexos en base a medidas que nacen del prejuicio. Cuando una mujer atraviesa un período de dificultad que desorienta su juicio es porque "las mujeres son indecisas", pero cuando un hombre atraviesa un período de dificultad que desorienta su juicio es porque "siendo más lógico, tiene necesidad de tiempo para completar el análisis y llegar a la verdad". Cuando una mujer no consigue dar una razón de su acción es porque es menos racional y más "intuitiva". Cuando un hombre se encuentra en las mismas condiciones es porque "tiene una sospecha". Cuando una madre comprende la necesidad de su niño por el tono de su llanto es "por su instinto materno". Cuando un hombre acierta el fallo de su automóvil por el tono de su motor esto se le atribuye a su "oído entrenado". El espacio no nos permite ulteriores ejemplos, pero la literatura católica abunda en semejantes esfuerzos angustiosos para tratar de demostrar que cuando un hombre y una mujer están haciendo las mismas cosas, en realidad no están haciendo en absoluto las mismas cosas.

Cuando resulta útil, a este propósito, afirmar la superioridad del varón, se da mucha importancia al pecado de Adán, mientras se salva con ligereza el pecado de Eva. Pero cuando, al contrario, resulta útil afirmar la inferioridad de la mujer, se da mucha importancia al pecado de Eva, y Adán es ignorado hasta el punto de hacer de él un juguete de Eva.

En *Naturaleza y Gracia*, Karl Rahner, al escribir sobre las herejías escondidas bajo la forma de indiferencia, afirma: "Ya que la verdad de la revelación no puede existir en la tierra en una forma eternamente estática y válida, sino que es objeto de la fe actual de los hombres, la simple inmutable verdad del Evangelio... debe llevar en sí mismo el signo de aquel tiempo. Si no lo lleva... esto... no lo hace eterna y universalmente válida. Pero mucho más probablemente significa que lleva el vestido de otro tiempo al cual los hombres se han habituado, y, como antiguo y tradicional, han llegado a considerarlo falsamente como la expresión de la verdad eternamente inmutable del Evangelio. Esta congelación de la forma en la que se expresa la verdad del Evangelio, de hecho es un peligroso síntoma de indiferencia, consciente o no, hacia la verdad, síntoma de falta de capacidad para asimilarla existencialmente y para expresarla en nuevos términos. Y ¿quién podría dudar de que esta forma de herejía existe en nuestro tiempo —herejía por medio de la cual una observancia sin vida es sólo la expresión y el resultado de una secreta indiferencia hacia la verdad, mediante la cual las cosas se dejan sin cambiar porque los hombres son tan indiferentes que no quieren crearse la molestia de eliminarlas o de ponerlas en discusión?"

Puede ser que estos ejemplos no tengan mucha importancia, pero el punto que estoy tratando de demostrar es que enseñamos conceptos que nacen de nuestro preconcepto y de nuestro prejuicio como si fuesen verdades religiosas y dentro de un contexto religioso. Nosotros los usamos para justificar la función religiosa de las mujeres. Nos preocupamos de que no se vuelva a restablecer el antiguo poder matriarcal y por esto adelantamos la doctrina de que solamente el patriarcado es el ambiente apropiado para el Cristianismo, limitando así el cam-

la ambigüedad y la complejidad que le eran necesarias. Y finalmente el principal defecto del filme, un poco desordenado y cambiante, es, quizás su principal cualidad: es un filme que invita a la reflexión, aunque no propone una verdadera reflexión concreta.

P. G.
(Cinema et Telecinema, París)

"EL DIA QUE SALIERON LOS PECES"

Es ésta la primera película después de "Zorba el griego" lanzada a la calle por Miguel Cacoyannis, el hombre que ha querido ser a la vez guionista, director y productor. Nos ha dado una comedia atrevida con el título de "El día que salieron los peces". Probablemente, la podíamos calificar de "comedia negra", aunque nunca llega a ser tan morbosa como la mayoría de su género.

Básicamente, lo que coloca a esta película fuera de lo corriente es el hecho de que, partiendo de una situación dramática que normalmente sirve para desarrollar un melodrama de suspenso, se convierte, por el contrario, en una comedia con brochazos satíricos.

Dos pilotos que conducen un bombardero con cargas atómicas, al momento de volar sobre unas islas ignotas griegas se ven obligados a abandonar la nave. Lo hacen, pero solamente después de haberse desembarazado de las bombas atómicas y de una caja que contiene material radioactivo.

La búsqueda total que se pone en ejecución (el suceso se coloca en 1972) permite encontrar rápidamente las dos peligrosas armas. Pero la caja letal no aparece por ningún lado.

Cacoyannis ha tomado este marco potencialmente espeluznante y dentro de él ha construido una comedia de equívocos, en la que evolucionan progresivamente en forma paralela cuatro tramas diferentes, sin que lleguen a unirse hasta el final.

Por una parte coloca a los pilotos semidesnudos, que se afanan por buscar alimentos y ropa sin ser descubiertos por los nativos. Al mismo tiempo el personal militar —un grupo de soldados jóvenes— que ha venido a localizar las armas nucleares tiene que adoptar la apariencia inocente de una compañía hotelera que trata de escoger un sitio para la construcción de un hotel. En tercer lugar se encuentra la inundación de verdaderos turistas, atraídos por la información sobre la construcción de un "hotel reservado y exclusivo" apropiado para las consabidas aventuras del género. Y en cuarto lugar Cacoyannis ha colocado a un pastor de cabras y su mujer, que han encontrado la caja perdida y quienes desesperadamente lu-

(Pasa a la pág. 101)

Orientación Cinematográfica

Además de la apreciación moral que se señala a la cabeza de los diversos grupos de películas, acompaña, debajo de cada título de ellas, una doble apreciación: el aspecto estético y el de diversión.

TODOS

SIERVO DE DIOS (EL)
R. - Muy buena - I.

JOVENES

AVENTUREROS (LOS)
Muy buena - E.

CINCO DRAGONES DORADOS
Buena - E.

REVOLVER SANGRIENTO (EL)
Mediocre - A.

ROSIE

Buena - E.

TEJANO TEMERARIO (EL)
Buena - E.

ADULTOS

CASA NOSTRA
Buena - I.

JAQUE MATE
Muy buena - I.

TODO A SU TIEMPO
R. - Excelente - I.

TRIPLE TRAICION
Muy buena - I.

ADULTOS, con reservas

DOCE DEL PATIBULO
Muy buena - I.

FARSANTES (LOS)
Muy buena - I.

MUERTE TOCA A LA PUERTA
Aceptable - E.

MUJERES PREHISTORICAS
Mediocre - A.

TONY ROME
Aceptable - E.

VIVIR POR VIVIR
R. - Excelente - I.

DESACONSEJABLE

BELLA DE DIA
Muy buena - I.

ESTIMULANTES (LOS)
Buena - I.

YO FUI SEDUCIDA
Mediocre - I.

R. Recomendada por el conjunto de sus valores; I. Interesante; E. Entretenida; C. Cómica; A. Aburrida.

Caracas, 3 de febrero de 1968

po de acción del Cristianismo, que fue establecido como Personarquia y parecería poderse desarrollar mejor en una "personarquía".

Que esta "enseñanza del desprecio" ha tenido un éxito lo podemos ver por algunos hechos como la negativa del Concilio Vaticano, que no permitió a Bárbara Ward, una de las economistas más notables del mundo, que había delineado un programa para una lucha en plan mundial contra la pobreza, que se dirigiera a la asamblea de los Obispos para explicar su idea. Se arrinconó la proposición como "prematura" y, en cambio, un auditor laico (masculino) dirigió a la asamblea un discurso sobre la pobreza, para el cual utilizó mucho del material de Ward.

Más impresionante fue la noticia de que el día 30 de octubre de 1964 una mujer periodista, en una misa conciliar, recibió la prohibición de comulgar con los periodistas varones. Después de esto se les prohibió del todo a las periodistas femeninas el acceso a San Pedro, lo que, sin embargo, hubiera sido ofensivo hacerlo a cualquiera por motivos de color o de raza. El hecho de que en ningún sitio se levantó una fuerte protesta contra esta decisión mide hasta qué punto está difundida esta actitud de discriminación contra la mujer.

Recientemente se ha oído decir públicamente que las mayores Iglesias cristianas tienen hacia la mujer una actitud semejante a la de algunos Estados del Sur hacia los negros. (Un popular comentarista de la televisión canadiense habló de ello recientemente y en la prensa vino citado a este propósito el Obispo Pike de la Iglesia Episcopal.) Una observación personal ha sido que los hombres y las mujeres que se sienten satisfechos con la concepción tradicional sobre la mujer se escandalizan cuando descubren lo que realmente tal concepción comporta (y alguno hasta el punto de dejar la Iglesia). En un reciente encuentro sobre la función de la mujer en la Iglesia, en un convento de Toronto en Canadá, cuando se hizo la pregunta si estas actitudes negativas hacia la mujer les había planteado el problema de abandonar a la Iglesia, tres mujeres sobre diez admitieron que debieron luchar con este problema.

Afortunadamente, muchas personas —y entre ellas algunos exponentes del clero— están comenzando a tomar en serio este problema de la actitud discriminatoria hacia la mujer. En números separados del *National Catholic Reporter*, la Hermana Mary Lawrence McKenna (18 de agosto de 1965) y el R. P. J. Grimm, C.S.C. (25 de agosto de 1965) expresaron su "desilusión" por la reciente directiva de Roma que prohíbe a las mujeres servir como lectoras en la Misa.

En una encuesta sobre las condiciones de las relaciones entre 1.000 sacerdotes y religiosas en los Estados Unidos, un sacerdote sostiene la idea de una religiosa que propiciaba la inclusión de profesores laicos y de religiosas en el cuerpo de profesores del Seminario. Desarrolla la idea diciendo: "Esto ayudaría a superar la tendencia lamentable de los sacerdotes a 'subvalorar' a las mujeres... y a considerar su mentalidad y su capacidad como de 'segundo orden'."

En el número de mayo de 1965 de *Liguorian*, el P. D. L. Lowery dice que a las muchachas y a las mujeres se les dé el permiso de ayudar a Misa, y en algunas circunstancias de distribuir la Comunión. Como se ha dicho más arriba, el teólogo P. Idígoras defiende que las mujeres sean ordenadas diaconisas, y el teólogo Hans Kung cree que sería difícil encontrar argumentos dogmáticos contra la ordenación de la mujer.

El P. Karl Rahner, en el *Catholic Messenger* (12 de julio de 1964), afirma que la cuestión de admitir a las mujeres al sacerdocio con la ordenación no puede ser considerada todavía "porque queda todavía demasiado por hacer en la Iglesia para la igualdad de la mujer". El P. Rahner, en la misma ocasión, sostiene también que "todo lo que la Iglesia proclama hoy sobre el apostolado de los laicos y su misión debería también ser aplicada a la mujer".

Es importante recordar que esto no es "un problema que concierne a las mujeres", sino importa al crecimiento del Cristianismo en sí mismo. No es solamente una ofensa a las mujeres, sino una tentativa para imponer arbitrarias limitaciones al poder de Dios, el decidir de antemano por nuestra propia cuenta que Él no tiene poder suficiente para dispensar las gracias necesarias del sacerdocio a quien Él quiera. En fin, ya que todos los cristianos viven la experiencia del Cristianismo en un particular estadio de su desarrollo, es la responsabilidad (y la gloriosa vocación) de todo tiempo llevar adelante la plena evolución y aplicación de sus principios. Si una injusticia en la sociedad es un mal, el que la religión cristiana recoja en sí misma este error y lo sancione así para la sociedad en su conjunto, es cosa todavía peor.

El compromiso cristiano exige la obligación de rectificar la injusticia donde y cuando se descubra.

(Tomado de *Il Regno*, documentazione cattolica, 15 de octubre de 1967.)

DOVILLA, LOS TRAJES ANATOMICOS QUE DAN PERSONALIDAD. — TELEFONO: 81 - 69 - 59